

● FLAVIA BARRIO ALVARIÑO

¿INQUIETUDES NOSTÁLGICAS, SIN DERECHO A OLVIDAR?

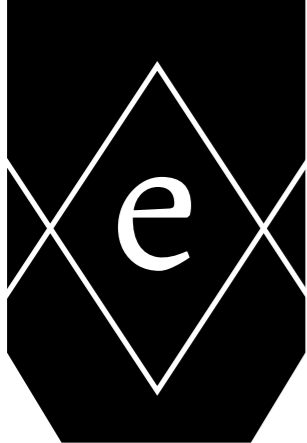
Relación entre los contenidos ideológicos y estéticos de la arquitectura neocolonial de diseño profesional en La Habana y los procesos de conformación de la identidad, desde 1920 hasta 1940

Centurias de mancomunado bregar edificativo, investigativo y teórico legan, en clave de hoy, una máxima conclusiva: la arquitectura, en buena medida, constituye un producto artístico intersubjetivamente articulado e ideológicamente construido. Se reconocen, así, la magnitud sociocultural de esta manifestación y el modo en que se aprehende como sistema de relaciones y representaciones resultantes de trasiegos, interacciones, acoplamientos fácticos y simbólicos. De ahí que el ambiente arquitectónico se postule como vehículo canalizador del sentido de identidad vivenciado por los sujetos y comprendido en el decurso histórico. Dichos presupuestos se manifiestan de manera más contrastante, si bien no taxativa, en los contenidos formales y conceptuales bajo los cuales se puede examinar la producción arquitectónica. De tal suerte se materializan, en términos edilicios, numerosos esquemas ético-estéticos, de percepciones, de significados y significantes mediadores de la praxis vital.

Estos fenómenos, al no exteriorizarse de igual modo en los diferentes escenarios en que operan, evidentemente no constriñen su aparición a condicionantes específicas ni a combina-

ciones geográfico-epocales establecidas de antemano. El panorama arquitectónico cubano no disiente de la emergencia de dichos fenómenos. Desde la empresa colonizadora, memorias e imaginarios colectivos e identitarios perfilan parte de la esencia de la práctica constructiva local. En ese sentido, la trayectoria de la arquitectura en Cuba se halla transversalizada por procesos dialécticos de conformación de la identidad, a los cuales cada generación incorpora aquellos rasgos que pautan su dinámica existencial. Esto incide en la configuración y asimilación del espacio físico. Los albores del siglo XX en el territorio nacional traen aparejada la exacerbación del debate identitario en la pluralidad de los ámbitos de la vida cultural. Esto, fundamentalmente, está incentivado por la complejidad del contexto al que se asiste durante las cuatro primeras décadas. A casi 400 años de imposición de un régimen colonial se suman la displicencia y las contradicciones desencadenadas por el abrupto e indeseado desenlace de la gesta emancipadora. Todo ello aunado a la vertiginosidad con la cual se desarrolla una transmutación de valores, cuyo común denominador lo





encarnan fórmulas más recientes de sometimiento devenidas bajo el estatus de neocolonia.

Estos decenios se encuentran signados por un doble estigma colonial. Los años de dominación hispana consolidan actitudes de supeditación, complejos de escualidez e inferioridad sociopolíticas, étnicas, económicas y culturales. A ese conjunto de sentimientos y disposiciones, parcialmente inconscientes y provistos de un poder pulsional determinante en las maneras estereotipadas de comportamiento, se le une el lastre de la injerencia estadounidense.

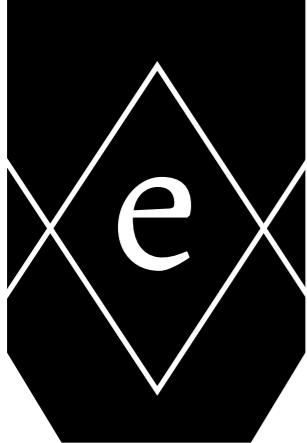
Se tensa esa suerte de *episteme*, herramienta de suma efectividad en los proceder del colonialismo cultural, que instaure esquemas de clasificación y categorización basados en polaridades binarias y dicotómicas travestidas como naturales, espontáneas e inevitables. De tal modo, las relaciones entre pretendidos pares antinómicos como tradición-renovación, autoctonía-importación y autoafirmación-inhibición experimentan nuevos derroteros.

Asimismo, se reajustan los sistemas de posturas hegemónicas y subalternas que intervienen en la consecución del perenne estado de otredad. La opresión resulta parte de la identidad colectiva: sin la presencia de una, la otra sería diferente. Todo esto se solivianta dentro de la contumacia por la adopción de una modernidad ajena.

Crucial y crítico son calificativos con los cuales también se expresa la turbulencia del período. Durante este, se agudizan los continuos replanteos, actualizaciones y discusiones en los que se insertan los tópicos sobre la identidad. Esta cuestión desemboca en la concreción de un talante muy particular, dativo de la condición identitaria y de los fenómenos en que esta se expresa y configura. En tal coyuntura y partir de la década del 20 de la pasada centuria germina en el espacio cubano una nueva gramática arquitectónica. Esta, sin establecer una relación antagónica con la fisonomía adquirida por las ciudades desde los albores del tutelaje colonial, permite una cierta renovación del panorama arquitectónico local. Asimismo, entronca con el discurso nacionalista y con el debate identitario exacerbados en las reflexiones teóricas desde las postrimerías del siglo XIX. En un contexto donde reciclar los atributos edilicios pretéritos extracontinentales y yuxtaponerlos en una misma obra se torna demodé, esta arquitectura viene a ensalzar la tradición constructiva regional. Se trata del llamado “neocolonial”, expresión sintomática de los procesos operantes a escalas macro y micro social, económica, ideopolítica y cultural del entorno. No siempre se justiprecia así, pero el neocolonial constituye, *per se*, una página relevante dentro de la historia de la arquitectura en Cuba. Sus características ideoestéticas son deno-

tativas de esta aseveración y hacen de él un fenómeno sui generis. Por primera vez, de forma sistemática y más o menos metódica, el quehacer arquitectónico se vuelca hacia el tiempo histórico colonial y sitúa el centro de su actividad en suelo latinoamericano. A pesar de desencuentros y limitaciones, su carácter iniciador en ese campo resulta ostensible.

Hoy día, el neocolonial puede interpretarse como un esfuerzo por ampliar el mosaico de posibilidades estilísticas, más allá de las alternativas ofrecidas por la vertiente academicista que dicta sus cánones desde Europa. De igual modo, es perceptible una templada voluntad por patentizar la capacidad de identificación con lo “nacional” y lo “propio” en artífices y usuarios. Aún no se llega a fracturar la amnesia dependiente injertada junto al estatus colonial, mas se procura ponerle coto en la medida en que se toma conciencia sobre ella. Estas actitudes son consecuencia de la cuestionable trasplatación mecánica de un proyecto moderno gestado y diseñado al otro lado del Atlántico. También emerge el interés por un pretérito cercano, por las circunstancias que definen el statu quo y por las dinámicas adoptadas como respuesta. Como se viene apuntando, en el plano teórico, el neocolonial posee una notable significación debido al modo en que codifica y asume las peculiaridades de su entorno objetivo y subjetivo. Este



deviene, al decir de Eliana Cárdenas, “primer intento de búsqueda de una expresión nacional”¹, puesto que conscientemente se aparta de la epidemia historicista y eurofílica al esgrimir los rasgos representativos del pasado arquitectónico colonial. De ahí que encabece el debate, sostenido por varios intelectuales de la época, en torno a cuál debía ser el “estilo oficial” o su pertinencia como “estilo nacional”. Los ecos de estas discusiones manifiestan sus influjos en la producción edilicia. A todo ello se une la atención mostrada por algunos académicos cubanos, principalmente arquitectos, hacia el valor patrimonial de la otrora preterida y vilipendiada arquitectura colonial, la aparición de estudios sobre esta y el planteamiento de su protección y conservación.

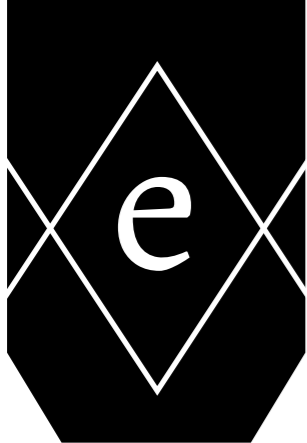
Impulsados por los visos y trascendencia de lo neocolonial y de los procesos de anagnórisis a los que se integra, algunos lo toman como eje temático. No obstante, es esta una disposición que no se halla tan extendida. De ahí que el debate alrededor de este tipo de arquitectura diste de estar agotado. En su lugar, demanda un estudio particularizado y riguroso. Este, al menos, debe ser capaz de señalar los sesgos que aún no se cubren, llenar vacíos de información y paliar las imprecisiones de las teorías precedentes. Grosso modo, algunas investigaciones llevadas a cabo permiten desentrañar determinadas especificidades del neocolonial en

Cuba. Incluso, algunas de las voces más prestigiadas de la historiografía nacional: Joaquín Weiss, Roberto Segre, Eliana Cárdenas, por ejemplo, se pronuncian en torno a este con criterios de gran valía. Dichas figuras esbozan parte de sus características, las cuales pueden asumirse como directrices a la hora de proyectar un examen más minucioso. Contrastantemente, también se generan observaciones desatinadas, estereotipos, lagunas, en fin, carencias al profundizar en la cuestión. Entre ellas destacan el tratamiento del neocolonial como un patrón homogéneo, su asociación con una actitud nostálgica y conservadora, su depreciación, las divagaciones en cuanto a la nomenclatura y su abordaje en desconocimiento de la incidencia que en él muestran los procesos identitarios de inicios del siglo XX. La mayoría de los estudios se inclinan hacia un repaso centrado en los contenidos formales. Por lo tanto, las aproximaciones integrales a los presupuestos ideoestéticos y sus implicaciones encabezan una lista de varias ausencias. En ese sentido, este constituye un tema –de cierta manera– poco trabajado y sobre el cual todavía pueden aflorar consideraciones medulares.

Indudablemente, un análisis del trasfondo formal y conceptual de esta nueva gramática constructiva tributa al engrosamiento del caudal de la historia de la arquitectura en Cuba. Una obra con tales propósitos no solo se encarga de visitar y evaluar buena parte de las enunciaciones expuestas, sino que sondea intersticios en los que, hasta el momento, la crítica nacional no se había adentrado. Además, dilucida nexos existentes entre ese tipo de producción arquitectónica y otras esferas del pensamiento. Sin embargo, quizás el aporte más radical sea el hecho de examinar al neocolonial en su propia contingencia, puesto que recurrentemente se le entiende como una plataforma de tránsito entre el ecléctico y el movimiento moderno.

Otro de los aspectos a tomar en consideración es la implementación, en algunas de esas investigaciones, de un andamiaje teórico ajeno, unas concepciones basadas en oposiciones binarias y una doctrina que instituye a lo moderno como “el hito” en la historia de la arquitectura local. Estas indeterminaciones conllevan a reducir el neocolonial a una tímida actitud rupturista frente al eclecticismo y a una mera antesala, fase preparatoria para la introducción del estilo internacional. Todo ello desemboca en una valoración de este lenguaje no por sus lógicas internas e indagaciones pro-

¹Cárdenas, E. (2015). *Historiografía e identidad en la arquitectura cubana*. La Habana: Ediciones Unión, pág. 42.



pias, sino por constituirse como intermediario del binomio academicismo-racionalismo. Este y otros tipos de posturas proclives de soslayar los rasgos intrínsecos del neocolonial deben reexaminarse en aras de articular un enfoque más coherente.

Asimismo, es pertinente despojar a estos análisis de categorías, herramientas y procedimientos inoperantes, concebidos para intervenir una realidad foránea. Estos, por su extrapolación mimética al ámbito cubano, no cuentan con la ductilidad para adaptarse al nuevo hábitat y descubren, aquí, un medio agreste cuya legitimidad cuestionan. De ahí la necesidad de una aproximación, en contexto y mediante un arsenal teórico propio, al neocolonial. Si bien no existe una única arquitectura colonial, en tanto un mismo modelo aplicado invariablemente desde el siglo XVI, habría entonces que interrogarse acerca de la facticidad de la arquitectura neocolonial. Ciertamente, no se trata de un canon, sino que en ella se advierte la asimilación de varios sustratos de lo colonial cubano. De modo similar, se percibe la influencia de atributos, tipologías, gramáticas externas al espacio nacional. Claro indicador de ello lo constituye la incidencia de la arquitectura mediterránea, el neocolonial latinoamericano, el estilo californiano y el estilo misión.

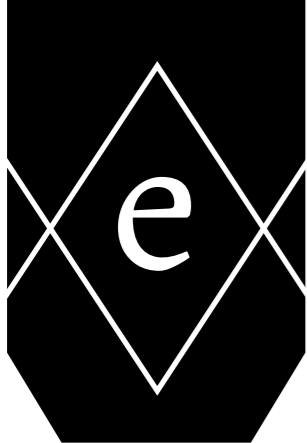
Algunos textos también apuntan al carácter aparentemente contradictorio con el que se hallan matizados los contenidos ideoes-

téticos del neocolonial. Esta representa una de las aristas más polémicas del estilo, pues focaliza una suerte de incongruencia entre las intenciones de renovación y autoafirmación identitaria y las soluciones formales, unas inspiradas en la tradición y otras importadas de las que se auxilia para tales fines.

Todo ello conlleva un sentimiento identitario que, al vincularse a un espacio geográfico concreto, desemboca en un carácter de territorialidad donde el ambiente construido constituye uno de sus componentes esenciales. Asunto este devenido eje vertebrador para el presente trabajo investigativo; de ahí la necesidad de poner en diálogo los procesos de conformación identitaria con las expresiones materiales asociadas a ellos. Es por eso que el objeto de estudio de la investigación versa sobre las particularidades de los procesos de conformación de la identidad en Cuba durante las primeras cuatro décadas del siglo XX que, a la vez, se reflejan conceptual y formalmente en el neocolonial. En aras de llevar a cabo un abordaje exitoso e integral del objeto de estudio, no debe soslayarse la aproximación al contexto en que se desenvuelven estos procesos y sus características. Resulta imprescindible partir del reconocimiento de ese momento histórico como una época atravesada por tensiones, elucubraciones sobre asuntos relacionados con la identidad, lo moderno, lo nacional, el progreso, la tradición y lo colectivo.

Hoy día, existe suficiente consenso a la hora de atribuir un alcance abarcador al concepto de identidad. No se trata, entonces, de una pseudocategoría ni de una hipótesis por avalar. Atrás quedaron los momentos iniciales en que se sostenían enardecidos debates que buscaban probar su efectividad, trascendencia y connotación. Se arriba al siglo XXI con una noción más o menos acendrada, en tanto estudios teóricos, de lo que dicho concepto depara. Aunque esto no lo exime de continuos análisis, discusiones, replanteos que persiguen justipreciar la magnitud del término, esclarecer sus prolegómenos, diagramar sus lógicas y dinámicas. Todo ello en consonancia con los ritmos con que fluye la vorágine cotidiana, instancia donde este se corrobora.

En síntesis, cuando se habla de identidad se alude a un principio que no solo es operativo, sino que se patentiza en la praxis vital, aun si constituye una entidad abstracta. Por ende, se le asume como un mecanismo multidimensional y cambiante de autoidentificación de cualquier individuo o agrupación humana ante sí y frente a otros. De ahí su carácter polivalente para referirse a rasgos y grados de ese autorreconocimiento, que transita desde el nivel del sujeto, la familia, grupos de género, generacionales, étnicos, ocupacionales, clasistas, territoriales, culturales.



Al igual que ocurre con los grandes conceptos dimanados de las ciencias sociales y humanísticas, pretender definirlo *a priori* y bajo unas premisas generalizadoras constituye una empresa, en buena medida, privada de un desenlace exitoso. Se debe acotar que la identidad, en sí, es una abstracción devenida de procesos fácticos. Por lo tanto, su estudio o extrapolación a otras esferas precisa desarrollarse a tenor de esos procesos y no de la identidad como expresión invariable. De ahí que, en lugar de analizar la condición identitaria, sujeta a constantes fracturas y mutaciones, se prioricen los procesos de construcción identitaria. No obstante, sí resulta posible y recomendable esbozar algunas de sus características fundamentales. En tal sentido, se hacen extensivos los criterios de la investigadora cubana Maritza García Alonso, los cuales, basados en un fuerte componente epistemológico, esclarecen la cuestión:

La identidad no es un fenómeno en el sentido estricto de la palabra: la identidad como totalidad no tiene correlato empírico, por lo tanto, la identidad opera como la abstracción de un tipo de proceso que tiene lugar en una diversidad de fenómenos de la realidad empírica. La identidad es una abstracción, luego lo que existe empíricamente son los fenómenos identitarios. Los fenómenos

identitarios son, en sí mismos, procesos específicos. Estos procesos tienen diferentes contenidos y los ámbitos en que pueden ser analizados son múltiples².

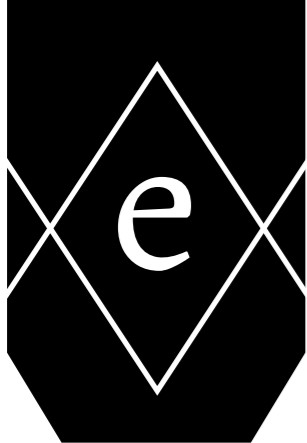
La aproximación a dichos procesos identitarios debe estar signada por una naturaleza interdisciplinaria en la cual converjan la perspectiva histórica, la indagación antropológica, la sociopsicológica y, específicamente, la sociológica y sus vínculos con las diversas relaciones socio-culturales y productivas; esto en aras de ahondar en los procesos de gestación y articulación de la identidad (sus modificaciones en el tiempo, los elementos esenciales de continuidad y ruptura, sus expresiones en los ámbitos macro y microsocio y las interconexiones entre ellas) y de examinar las particularidades de las múltiples identidades existentes, incluso, en el seno de una identidad sólidamente constituida. Todo ello, además, debe estar en fluido diálogo con las dinámicas socioeconómicas y políticas del espacio insertado en un contexto de conexiones sociales e internacionales.

Grosso modo, los procesos de conformación identitaria son sucesos relacionales y, en cierta medida, procesos

de comunicación cultural. En ellos se verifican varios niveles. Un primer momento estriba en definir la identidad frente al otro, advirtiendo sus diferencias; posteriormente, se concreta la autoidentificación. Cuando ambos se manifiestan de manera correlacional, simétrica y simultánea en un mismo acto, tiene lugar el hecho identitario. En este se hallan presentes, al menos, las siguientes dimensiones: la socioeconómica, la sociopolítica, la geográfica, la antropológica-cultural, la psicosocial y la estéticoformal. Los procesos de conformación identitaria son particularmente sensibles a los cambios contextuales, así como a las transformaciones en las lógicas de interacción de los subgrupos de la propia comunidad. La identidad deviene a partir de la síntesis y no de la sumatoria o yuxtaposición de ese conjunto de procesos identitarios.

Por último, nación e identidad se instituyen usualmente como conceptos hermanados, bivalentes. No obstante, resulta pertinente acotar que nación es una categoría histórica, mientras que identidad es un término más abarcador, también en el sentido histórico. Sin embargo, muchas veces y para fines diversos, se establece un maridaje indisoluble entre ambos desde las élites hegemónicas. Esto se ratifica en la medida en que en un Estado-na-

² García Alonso, M. (2002). Identidad cultural e investigación. La Habana: Centro de investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello" pág. 94.



ción está presente la multiculturalidad, derivada de procesos de formación de la nacionalidad a través de matrices culturales diferentes. De aquí se desgaja que “no existe una cultura nacional única, por estar integrada por varias culturas, dado el carácter multicultural del Estado-nación”³.

La articulación de una cultura nacional a raíz de la incidencia de otras culturas o de la coexistencia de culturas de disímiles orígenes constituye un fenómeno bastante extendido en la historia de la humanidad. Sin embargo, esto entraña una connotación diferente en aquellos territorios signados por el estigma colonial o neocolonial. Esto se debe, en buena medida, a que la expresión de la identidad en esos casos con frecuencia se encuentra transversalizada por procesos traumáticos. Cuestión que se agudiza en los lugares en los que la imposición del régimen colonial precede a la construcción de una cultura lo suficientemente “sólida” para “sobreponerse” a la impuesta desde los grupos dominantes. Igualmente sucede cuando los portadores no están nucleados bajo la misma nacionalidad, cuando se coartan sus facultades para ejercer un rol preponderante y/o cuando es ostensible la presencia de otras comunidades distintas a las “originarias” o características del sitio.

Producto de la comunión de su carácter insular y ubicación geográfica, Cuba siempre se ha debatido entre el aislamiento isle-

ño y el cosmopolitismo de sus interacciones. Esto tiñe con particulares matices a los procesos de conformación identitaria; puesto que, si bien en otras latitudes la identidad nacional se define a través de la geografía y la delimitación de sus lindes, la clara demarcación de sus fronteras, debido al perfil costero, exime a Cuba de este bregar. De ahí que la discusión gire mayormente en torno a aspectos sociales y culturales.

La identidad cubana surge y se desarrolla en una atmósfera perennemente atravesada por tensiones y conflictos. Así, se constituye sobre la base de relaciones dialécticas con un “otro” dominante, con el que mantiene nexos de subordinación y dependencia en varios niveles: político, económico y cultural.

Además, emerge conmensurando el accionar grupal y la convivencia interétnica e intercultural. De ahí los recurrentes dilemas a la hora de su definición. Paradójicamente, en ello se ubica también su atractivo, por lo que, a lo largo de decenios, proliferan los autores advocates al debate alrededor de los orígenes y fundamentos étnicos y culturales de la nación cubana. Por lo general, estos intelectuales toman el pasado como medio de análisis

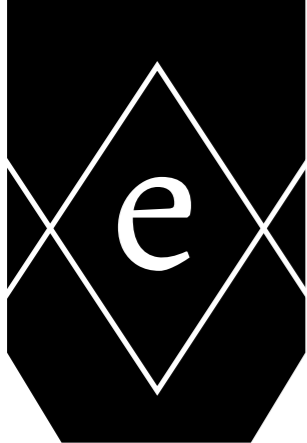
del presente y del futuro. En ese sentido, la memoria histórica deviene cantera inagotable de hechos, figuras y mitos en los que descansa la historia patria y su identidad. Las huellas del pasado coadyuvan a aceptar, rechazar, recrear y reinventar tradiciones y valores de la cultura cubana; contribuyen a resaltar las semejanzas y diferencias en su posición de subalternidad.

Todo esto se exacerba una vez iniciado el siglo XX y materializado, aunque cuestionablemente, el ideal republicano. Se lleva a cabo así una libre interpretación de la máxima martiana según la cual “no es posible expresar una cultura nacional mientras no haya nación que expresar en ella”⁴. De cierto modo, la nación se había concretado, restaba precisar los cauces por los que enrumbar la imagen de la cultura nacional.

Los primeros años republicanos vienen a complejizar las cambiantes marcas identitarias: por un lado, la impronta cultural hispana, por otro, la incidencia norteamericana. Más allá de mimetizar los patrones estadounidenses, se sedimenta un camino de búsquedas, de encuentros y desencuentros entre ambas culturas, lo que patentiza la revitalización de los procesos de conformación identitaria en cuanto a códigos de nacionalidad, de cubanidad.

³ Cárdenas, E. (2015). *Historiografía e identidad en la arquitectura cubana*. La Habana: Ediciones Unión, pág. 114.

⁴ Arteaga Pupo, F. (1994). *Frases geniales de José Martí*. Las Tunas: Editorial Sanlope, pág. 24.



Se precisa establecer las bases de una nación y una identidad específicas, en sintonía con las lógicas y particularidades de los nuevos tiempos. Los procesos de conformación identitaria albergan puntos y referencias comunes, pues el estatus colonial también había originado con anterioridad lugares de encuentro, intersticios en el amplio universo cultural, perceptibles tanto en lo material como en lo simbólico e ideológico. Dichos procesos, mediante diferentes condicionantes y objetivos, encarnan las contradicciones propias del período en que se despliegan, las distenciones contra el país dominante, las pugnas por el poder, las tensiones epistemológicas en tanto lo moderno, lo nuevo, la tradición, lo nacional, y, además, los discursos hilvanados sobre ello de acuerdo con la intencionalidad de cada autor.

Una vez librada del tutelaje español, Cuba enfrenta no pocos desafíos. Quizás el más ingente lo constituya la articulación de un Estado a partir de la concepción republicana en un lapso muy breve. La “transición pactada”, devenida la característica principal de este proceso, condiciona el desarrollo subsiguiente del país. La intervención militar, la anexión de enmiendas a la constitución cubana, la suscripción de tratados comerciales con Estados Unidos allana el sendero de la dependencia económica, la subordinación política, la fractura de la soberanía nacional e, incluso, la modificación de tradiciones y valores culturales.



Ante tal panorama, se curte una suerte de “malestar” dentro de la cultura, una sensación de pérdida, vacío e incertidumbre canalizados a través del espíritu popular. La fragilidad del novel Estado-nación, la aprensión ante la absorción económica, política y cultural por parte de los Estados Unidos y la conmoción frente a una probable mutación de valores cívicos colocan a la identidad como eje vertebrador de un gran por ciento de los debates en la Cuba de los albores del siglo XX.

En dichas circunstancias, consolidar la identidad nacional significa, en buena medida, lo mismo que conquistar un lugar dentro de las naciones civilizadas y preservar la soberanía nacional, según las concepciones modernas imperantes. Siguiendo esta lógica, de primer orden resultan forjar un compendio de imágenes autóctonas –más allá de lo visual, obviamente– y establecer la historia del país como mecanismos para demostrar que Cuba es una nación “libre” con su propia identidad. Esa especie de complejo de escualidez política, económica y cultural constituye un flagelo motivado por el statu quo neocolonial vigente, al que el territorio se debe enfrentar y del que no se logra sustraer.

Frente a tal escenario, Cuba se repliega hacia la búsqueda, la definición y la autoafirmación de lo propio y de lo diferente a partir del diseño de un Estado nacional “soberano”. Estas indagaciones se remiten al acervo pretérito: las tradiciones, la lengua, la raza, la idiosincrasia.



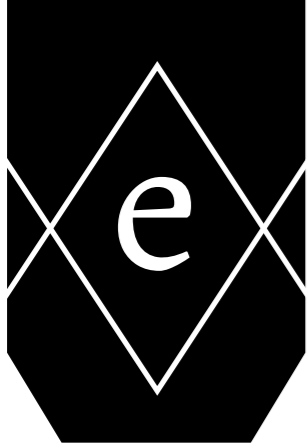
Todo ello, al igual que sucede en otros hemisferios, matizado por valores basados en el ideal moderno de nación que privilegia el chauvinismo, lo contemporáneo, el culto a la razón, a la civilidad. Sin embargo, a esto se suma un signo de alteridad siempre patente (la otrora colonia y la actual neocolonia), que engendra las condiciones *sui generis* en que se desenvuelven los procesos de conformación identitaria de estos años. Las primeras décadas del siglo XX traen aparejada la frustración de los esfuerzos emancipadores y la consecución de una corriente política anclada al vecino norteamericano para satisfacer los requerimientos de los grupos elitistas, al margen de los destinos colectivos. A raíz de ello, se genera una prolífica obra, principalmente de corte ensayístico, advocada a analizar y sistematizar la muy compleja evolución de la identidad durante estos decenios, la fragmentación de posturas de acuerdo a pertenencias clasistas, tendencias políticas o ideológicas, y lo contradictorio de los rasgos en la psicología de la población. Desde las más disímiles esferas en las que se desarrolla la actividad intelectual se advierten ejemplos que, sustentados en sus propios argumentos (la historia, la ciencia, la cultura, la sociología), confirman y reivindican la existencia de una identidad nacional, cuya riqueza y especificidad otorgan a la nación el derecho de ser libre e independiente. El relato histórico, los mitos y sus recreaciones se sitúan al ser-

vicio de la nación en un momento en el que la salvaguarda o la invención del pasado devienen prioridades para la conformación del Estado. La historia se pone en provecho del proyecto nacional: intelectuales, historiadores o políticos localizan en ella los presupuestos básicos de la nacionalidad y de la identidad del nuevo Estado por construir. De la memoria histórica se extraen aquellos elementos a partir de los cuales perfilar los imaginarios nacionales y colectivos. Esto trae implícito la búsqueda de los fundamentos “autóctonos” de la nación y de la cultura cubanas y la adopción de un discurso nacionalista en los planos político, estatal y cultural.

En la articulación de una “historia nacional”, las instancias gubernamentales desempeñan un papel destacado. Claro indicador de ello resulta el acopio y resguardo de fuentes documentales sobre la historia cubana radicadas fuera de fronteras. Por ejemplo, hacia 1925, Gerardo Machado dispone la creación de una misión permanente para hallar fondos sobre la historia patria en los archivos españoles. Al finalizar este trabajo, en el cual se enrolan figuras como Fernando Ortiz y José María Chacón y Calvo, se cuenta con un valioso inventario en términos cuantitativos y cualitativos. De igual modo, se enfatiza la elaboración de una historia oficial, su impartición a las jóvenes generaciones y la necesidad de im-

buir al pueblo en una conciencia nacional basada en una historia común. Ello parte de la importancia concedida a la educación y a la configuración de un sistema de enseñanza como medios para “civilizar” y modernizar a la sociedad. Así, se instaura como libro de texto reglamentario en el sistema educativo *Nociones de Historia de Cuba*, de Vidal Morales. El objetivo principal de este material, al igual que ocurre con otros puestos en circulación durante la etapa, estriba en el fortalecimiento del sentimiento nacional y de la cubanidad mediante el rescate y la exaltación de aquellos aspectos y personalidades que, en sus respectivos contextos, suponen un hito en la cultura local o se incorporan a la lucha contra el colonialismo español. De ahí el carácter apologético de dichos materiales.

Durante estos años, también se constata una corriente migratoria que exacerba la necesidad de ese espíritu local de replegarse en búsqueda y preservación de lo propio. En varios intelectuales y científicos del período salta la alarma ante la creciente “africanización”—según palabras de la época— de la población de Cuba, debido al arribo de braceros jamaicanos y haitianos que trajo consigo la expansión del latifundio azucarero. De modo similar sucede con la llegada de chinos y españoles. La preocupación por la identidad cubana se transforma, entonces, en constante durante este período. Definirla equivale, para



aquel momento, a aportar solidez al proceso de consolidación de la nacionalidad cubana y se le entiende como una vía de fortalecimiento de la soberanía nacional frente a la injerencia extranjera. Diversos cuestionamientos fungen entonces como ejes vertebradores: ¿hasta dónde asumir la hispanidad?, ¿en qué medida asimilar el influjo estadounidense?, ¿hasta qué punto ser modernos, hasta cuál tradicionales? Además, a lo largo de esta época se teoriza sobre las particularidades de la psicología social del cubano, algunas resultantes de observaciones empíricas, otras provenientes de la coyuntura del momento. Asimismo, emergen nuevas reflexiones acerca de la identidad nacional, guiadas por una reaproximación y un redescubrimiento de la obra martiana con un aguzado talante antimperialista. Paradójicamente, en los sectores oligárquicos y de clase media se revitaliza una empatía hacia los patrones de vida norteamericanos. Sin embargo, todo ello posee un valor analítico sustancial en aras de comprender el curso de los procesos de conformación identitaria.

A partir de la década del 20, la situación se agudiza en la medida en que comienzan a recomponerse las fuerzas nacionales. La intelectualidad asume posiciones de avanzada, posteriormente se incorporan múltiples segmentos populares. Se articula así un movimiento revolucionario, con un protagonismo obrero y estu-

diantil, que derroca a la tiranía presente en el país, en el cual ya empiezan a manifestarse las consecuencias de la crisis del sistema capitalista de los años 30.

A pesar de todo ello, la preocupación en torno a los tópicos identitarios no solo se refleja en los trabajos de investigación científica y de naturaleza ensayística. También desde la literatura, la plástica, la música, el léxico y las expresiones culturales en general se ratifica dicha inclinación. Mediante discursos propios y originales, igualmente se identifican los derroteros, vaivenes, avatares de los procesos de conformación identitaria:

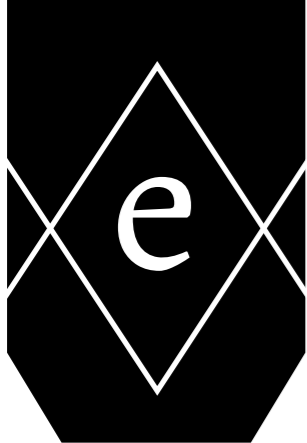
Desde la novelística de Alejo Carpentier hasta la cuentística de Samuel Feijoó u Onelio Jorge Cardoso; la poesía de José Lezama Lima; la pintura de Eduardo Abela, Carlos Enríquez o Amelia Peláez; la música de Ernesto Lecuona o Benny Moré; o manifestaciones populares en la décima campesina o el teatro bufo todas fueron expresiones de una identidad nacional que, en constante desgarramiento, integración, transformaciones y desarrollo, ganaba en fortaleza y coherencia ⁵.

Para concluir, en Cuba durante los inicios del siglo XX se constatan varias condicionantes específicas que perfilan la manera en que se expresan los procesos de conformación identitaria. Entre ellas se advierten la imposición del régimen neocolonial y el consiguiente reforzamiento de posiciones de subalternidad, la ingente necesidad de construir un Estado-nación, las formas traumáticas en que se había articulado el relato histórico, y las nuevas concepciones sobre lo moderno, la renovación, lo propio y lo apropiado.

Con el curso de estos años, se sopesan los beneficios y perjuicios que suponen la pervivencia de un pasado colonial, el estatus neocolonial, la impronta hispana y del resto de los componentes que intervienen en la formación de la nacionalidad. Frente a tal coyuntura, se valorizan los elementos culturales y étnicos de un pasado “autóctono”, a la vez que se acrecienta el atractivo hacia lo nuevo y lo contemporáneo.

Los primeros decenios del siglo XX en la Isla atestiguan el curso de un período turbulento en la historia de la patria. Durante estas décadas se tensan y exacerbaban las constantes transformaciones, refuncionalizaciones, replanteos, discusiones, actualizaciones inextricablemente unidas a los procesos de conformación identitaria y de formación de imaginarios sociales. El denominado “espíritu de época” se debate en un terreno crítico y ambiguo, signado

⁵ Domínguez, M. I. (2003). Identidad nacional y sucesión generacional en Cuba. París, pág. 14.



por la incidencia de mecanismos del colonialismo cultural, la consolidación de posiciones de subalternidad, el afán por lo moderno y las distensiones entre tradición-renovación e importación-autoafirmación.

Aquí inviste un papel medular la impostergable necesidad de construir el Estado-nación y la consiguiente identidad nacional. Todo ello, en un escenario donde no hay tiempos intermedios: todo ocurre abrupta y precipitadamente, la experiencia neocolonial debe ir asimilándose a la vez que se sortean las memorias de la poco complaciente dominación hispana. Lo pretérito y la historia como disciplina también se configuran a manera de nichos, baluartes a los cuales replegarse ante un panorama incierto, complejo. Asimismo, se reafirman los roles de “otredad” que desde hace varias centurias secundan el devenir del pueblo cubano.

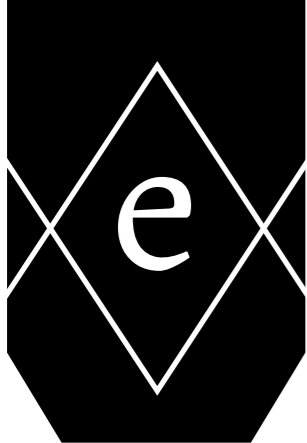
Estos fenómenos, expresados directamente en los modos de interpretar y aprehender la praxis vital y la cotidianeidad, devienen, en sí mismos, factores que tributan a la conformación de la noción de identidad y condicionan sus características y especificidades. De ahí la importancia de una aproximación particularizada y en contexto a ellos.



Flavia Barrio Alvariño, licenciada en la carrera de Historia del Arte de la Universidad de La Habana.

Bibliografía

- Arango, S. (enero de 2016). *Colonialismos y españolismos, todos son modernismos*. Recuperado el 8 de enero de 2020, de Docomomo: <http://docomomo.org.br>
- Arteaga Pupo, F. (1994). *Frasas geniales de José Martí*. Las Tunas: Editorial Sanlope.
- Balbín Berhmann, J. E. (2000). *Arquitectura en la ciudad de La Habana. Primera modernidad*. Sociedad Editorial Electa España S.A.
- Barcia, M. d., García, G., & Torres-Cuevas, E. (1996). *La neocolonia*. La Habana: Editora Política.
- Cairo, A. (2002). *20 de mayo, ¿fecha gloriosa?* La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Cárdenas, E. (1975). En la búsqueda de una arquitectura nacional. En R. Segre, *América Latina en su arquitectura* (págs. 81-93). Ciudad de México: Editorial Siglo XX.
- Cárdenas, E. (1996). *Para valorar la arquitectura desde la óptica de la identidad cultural*. La Habana: Facultad de Arquitectura, ISPJAE.
- Cárdenas, E. (2009). Identidad, continuidad y la arquitectura neocolonial. *Arquitectura y Urbanismo*. Vol. XXX, 40-45.
- Cárdenas, E. (2015). *Historiografía e identidad en la arquitectura cubana*. La Habana: Ediciones Unión.
- Cárdenas, E. (2015). *Historiografía e identidad en la arquitectura cubana*. La Habana: Ediciones Unión.
- Cárdenas, E. (s.f.). *Valoración del sentido de identidad en el espacio urbanoarquitectónico*. Seminario de Arquitectura Latinoamericana, Oaxtepec, Morelos.
- Cobos Mancebo, E. (1954). *Arquitectura cubana del siglo XX*. Sevilla: Hispalensis.
- Cremschi, V. (2011). La categoría de lo moderno y su aplicación a la arquitectura latinoamericana. El caso del estilo neocolonial en Mendoza. *Palapa*, 53-63.
- Cremschi, V. (2014). Algunas consideraciones sobre las fuentes teóricas de la arquitectura neocolonial. *Huellas. Búsquedas en artes y diseño*, 102-110.
- Cremschi, V. (2014). El estilo neocolonial como modernismo latinoamericano. *AS* 45, 64-75.
- Cristóbal, A. (1995). Precisiones sobre nación e identidad. *Temas*, 111-115.
- Cuevas Toraya, J. d. (2001). *500 años de construcciones en Cuba*. Madrid: Chavín.
- Domínguez, M. (1995). Generaciones y procesos sociales en Cuba. *Contra-corriente*.
- Domínguez, M. I. (2003). *Identidad nacional y sucesión generacional en Cuba*. París.
- El Pabellón de Cuba en Sevilla. (1929). *El Arquitecto*, 475-477.
- Fernández Prieto, P. (s.f.). *Arquitectura habanera (1925-1935)*. La Habana: Editorial Dagio.
- García Alonso, M. (2002). *Identidad cultural e investigación*. La Habana: Centro de investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”.
- García Alonso, M., & Baeza, C. (1996). *Modelo teórico para la identidad cultural*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana “Juan Marinello”.
- García, A. (22 de septiembre de 2011). *El Neocolonial “a lo cubano” de Govantes y Cabarrocas: El Pabellón de Cuba de Sevilla y Xanadú de Varadero*. Recuperado el 2020 de enero de 6, de Scribd: <http://es.scribd.com>
- González Rey, F. (1995). *Componentes de la identidad*. La Habana: Centro de Investigaciones Psicológicas y Sociológicas.



- Guerra Díaz, R. (2 de noviembre de 2012). *Arquitectura neo colonial cubana*. Recuperado el 6 de enero de 2020, de Monografías: <http://blogs.monografias.com>
- Gutiérrez, R., & Gutiérrez Viñuales, R. (2012). Una mirada crítica a la arquitectura latinoamericana del siglo XX. De las realidades a los desafíos. En E. (. Karge, 1810-1910-2010. *Independencias dependientes. Art and national identities in Latin America*. Dresde: Universidad de Dresde.
- López, L. (1992). *Aproximación a la identidad nacional desde la literatura*. La Habana: Facultad de Psicología, Universidad de La Habana.
- Morales, L. (1934). *La casa cubana ideal. Discurso leído por el Sr. Leonardo Morales, miembro electo de la sección de arquitectura, en la sesión celebrada el día 25 de noviembre de 1934. Discurso de contestación por el Sr. Juan Miguel Portuondo*. La Habana: Imprenta Moína y Cía.
- Morcate, F. (2008). Tradición y modernidad en la arquitectura de Walter Betancourt. *Arquitectura y Urbanismo*, 46-50.
- Naranjo Orovio, C. (1998). Cuba, 1898: Reflexiones en torno a la continuidad y a los imaginarios nacionales. *Cuadernos de Historia Contemporánea*, 221-234. Naranjo Orovio, C. (2001). La historia se forja en el campo: nación y cultura cubana en el siglo XX. *Historia social*, 153-174.
- Naranjo Orovio, C. (2003). Creando imágenes, fabricando historia: Cuba en los inicios del siglo XX. *HMex*, 511-540.
- Naranjo, C. (1994). *Cuba, la perla de las Antillas*. Madrid: Ediciones Doce Calles.
- Orozco Melagar, M. E. (2015). El Palacio Municipal de Santiago de Cuba en la recuperación de la memoria colectiva. *Arquitectura y Urbanismo*, 19-40. Pacheco Valera, I. (no.45). El imaginario identitario cubano en los primeros veinte años de la república (1902-1922). *Cadernos de Letras da UFF*, 93-114.
- Pedreira, G. y. (1996). *La memoria rota. Ensayos sobre cultura y política*. Ediciones Huracán.
- Ramírez Dorado, S. (1990). *Hacia una Psicología Social del Nacionalismo*. Madrid: Universidad Complutense de Madrid.
- Rodríguez, E. L. (1998). *La Habana. Arquitectura del siglo XX*. Barcelona: Art Blume.
- Rosa Erosa, E. d. (2012). Introducción a la teoría de la arquitectura. Ciudad de México: Red Tercer Milenio.
- Salazar, J. (1983). *Bases psicológicas del nacionalismo*. Ciudad de México: Trillas.
- Sarmiento Ramírez, I. (2005). Itinerario histórico de la identidad cultural y la nacionalidad cubana. *Caravelle*, 193-223.
- Sarmiento Ramírez, I. (2005). Itinerario histórico de la identidad cultural y la nacionalidad cubana. *Caravelle*, 193-223.
- Segre, R. (1979). *La vivienda en Cuba: república y revolución*. La Habana: Departamento de actividades culturales de la universidad de La Habana.
- Segre, R. (1990). *Lectura crítica del entorno cubano*. Ciudad de La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Segre, R. (1999). *América Latina fin del milenio. Raíces y perspectivas de su arquitectura*. Ciudad de La Habana: Editorial Arte y Literatura.
- Segre, R., Cárdenas, E., & Aruca, L. (2008). *Historia de la arquitectura y del urbanismo: América Latina y Cuba*. La Habana: Editorial Félix Varela.
- Torre Molina, C. d. (1995). *Identidad nacional del cubano: avances de un proyecto*. *Revista cubana de psicología*, 159-170.
- Torre, C. d. (1995). Conciencia de mismidad: identidad y cultura cubana. *Temas*. Torre, C. d. (1997). La identidad nacional del cubano. Logros y encrucijadas de un proyecto. *Revista latinoamericana de psicología*, 223-241.
- Torre, C. d. (2001). *Las identidades. Una mirada desde la psicología*. La Habana: Centro de Investigación y Desarrollo de la Cultura Cubana "Juan Marinello". Torres-Cuevas, E. (2006). Una reflexión; una incitación. En E. Torres-Cuevas, *En busca de la cubanidad. Tomo II*. La Habana: Editorial Ciencias Sociales.
- Torres-Cuevas, E. (s.f.). En busca de la cubanidad. *La Universidad*, 39-43.
- Ubieta, E. (1993). El ensayismo y la identidad nacional en Cuba: itinerario de una relación inconclusa. En *Ensayos de identidad* (págs. 112-143). La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Ubieta, E. (1993). Panhispanismo o panamericanismo: controversia sobre identidad (1900-1922). En *Ensayos de identidad* (págs. 11-80). La Habana: Editorial Letras Cubanas.
- Weiss, J. (1947). *Arquitectura cubana contemporánea. Colección de fotografías de los más recientes y característicos edificios erigidos en Cuba*. La Habana: Cultural S.A.
- Weiss, J. (1950). Medio siglo de arquitectura cubana. *Lyceum. La Habana*, 16- 24.